

**LA CRISIS ECONOMICA
ACTUAL
Y EL TERCER MUNDO**

Alonso Aguilar M.

Introducción.

Desde hace cerca de 15 años el capitalismo atraviesa por una crisis cuya naturaleza y alcance no acabamos de comprender. En un principio tendió a pensarse que sería similar a las sufridas en los dos decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando incluso solía decirse que el capitalismo había superado sus más graves fallas y logrado cada

vez mayor estabilidad. Más tarde, cuando la recesión de 1974-75 se expresó en una severa y más prolongada caída muchos creyeron que nos enfrentábamos de nuevo a una depresión semejante a la de los años treinta. Mas apenas iniciada la recuperación, cobró impulso la idea de que parecía más bien tratarse de una crisis clásica de sobreproducción que empezaba a quedar atrás ante un nuevo y rápido ascenso. A menudo se comentó también —lo que por cierto fue aceptado en círculos burgueses— que la crisis sólo señalaba el agotamiento de un “modelo” de acumulación o de desarrollo, o si se prefiere de una estrategia económica que con leves desequilibrios había cumplido en lo fundamental su misión. Pero cuando pese a la recuperación iniciada en 1976 el ciclo no se desarrolló en la forma en que se esperaba y pronto reaparecieron los signos de un nuevo receso, comenzó a cobrarse conciencia de que la actual crisis no es sólo más persistente que las previas sino más profunda y compleja, una que desborda los marcos tradicionales, en más de un aspecto diferente y aún nueva, y cuya dialéctica interna es preciso comprender a fondo si aspiramos a enfrentarnos a ella con éxito.

Abundan los textos en que se recuerdan los hechos más importantes y aún el orden cronológico en que se desenvuelve la crisis económica desde la segunda mitad de los años sesenta. Por tal razón y porque me dirijo a un público de Economistas, no los describiré una vez más aquí. En cambio puede ser útil recordar los rasgos más característicos de la actual crisis, a fin de buscar un marco de referencia común en nuestras deliberaciones.

La crisis a que nos enfrentamos es en el fondo una sola, más que una serie de crisis diferentes cuyo número y diversidad den al fenómeno un carácter especial y a las que incluso podamos —como algunos lo sugieren— sumar casi aritméticamente. En una perspectiva histórica podría decirse que el hecho central es la descomposición del capitalismo en una fase ya muy avanzada de lo que Lenin denomina su crisis general. Pero aún esta apreciación dejaría las cosas en un

nivel demasiado abstracto, a partir del cual sería difícil entender la naturaleza, el desenvolvimiento y las principales manifestaciones de dicha crisis. Por eso conviene hacer notar que si bien ésta expresa y resulta a la vez del agravamiento de la contradicción fundamental del sistema —o sea la existencia entre una producción que sobre todo el capitalismo monopolista de Estado (CME) contribuye grandemente a socializar y una apropiación a su vez cada vez más concentrada en poder de una nueva y más compleja oligarquía financiera—, las formas y planos en que tal contradicción y otras secundarias dialécticamente ligadas a ella se expresan, son diferentes. De ellos hay tres muy importantes y bien definidos. La crisis cíclica y el funcionamiento del ciclo en su conjunto, por ejemplo, exhiben la forma en que en la fase actual del capitalismo se manifiesta la contradicción fundamental concretamente en el proceso de reproducción y acumulación del capital.

El segundo plano en que se advierte la crisis atañe a los mecanismos de regulación y coordinación del sistema, cuyo funcionamiento parece ser cada vez más ineficaz para asignar los recursos disponibles en forma medianamente racional y resolver problemas fundamentales del desarrollo, incluido el sistema de relaciones económicas internacionales.

Cuando se habla de los profundos desajustes a que aquí aludimos suele decirse que a diferencia de la crisis propiamente cíclica ésta es *estructural*. Y si bien ello es así este rasgo no parecer ser el que más ayuda a descubrir lo que dichos desequilibrios tienen de específico. En un sentido estricto la crisis cíclica, como el proceso de reproducción cuyas profundas contradicciones se expresan en ella, también es estructural. Todavía más: en la medida en que es una manifestación de la contradicción fundamental, podría decirse que no sólo afecta a la estructura económica —en tanto base de las relaciones sociales de producción— sino al crecimiento mismo de las fuerzas productivas y por tanto el funcionamiento del modo de producción capitalista en su conjunto. Y ¿quién podría poner en duda que la crisis general es tam-

bién un fenómeno estructural? Lo que demuestra que no parece correcto atribuir tal carácter tan sólo a una forma o manifestación específica de la crisis.

El rasgo distintivo de las dos variantes de la crisis antes señalada podría ser más bien que la crisis cíclica *es pasajera, recurrente por naturaleza y condición y parte integrante del ciclo de reproducción*, en tanto que la que hemos llamado crisis del sistema de regulación *afecta al funcionamiento de ciertos mecanismos, unos espontáneos y otros propiamente institucionales, y es un desajuste de larga duración y de alcance no sólo económico sino social más amplio.*

La crisis de que hablamos podría identificarse con lo que suele designarse como crisis del CME; pero aun siendo fundamentalmente correcta esta caracterización, podría resultar restrictiva y hacer pensar que sólo afecta a ciertos mecanismos institucionales y no al sistema todo del mercado como principal mecanismo regulador, y por tanto al "mecanismo único" leninista, o bien sugerir que al ser específica del CME y no propia del capitalismo en general, no afectaría a éste en donde el capital monopolista recorre todavía una fase menos avanzada de su desarrollo.

La tercera y más importante forma de expresión de la actual crisis sería la crisis general vista principalmente como un proceso histórico que en su presente fase exhibe la intensificación de la lucha social y política en el seno del sistema y la cada vez menor capacidad de éste para imponer a los pueblos las condiciones más favorables para el desarrollo del capital y para enfrentarse con éxito a los procesos de liberación nacional, a la revolución y el socialismo. O sea que en esta crisis que en cierto modo podría considerarse que afecta al sistema mismo de dominación, lo esencial sería la forma en que la contradicción fundamental se expresa en la lucha de clases y en particular como contradicción capital-trabajo tanto dentro del sistema como en la nueva forma histórica que a escala internacional adopta en nuestros días como contradicción capitalismo-socialismo.

Establecido nuestro punto de partida, veamos en primer lugar qué caracteriza a la crisis cíclica.

La crisis cíclica

A diferencia de lo acontecido en crisis económicas previas la presente muestra, entre otros, los rasgos que siguen:

– Mayor inestabilidad, y a partir de 1977 un descenso sustancial en las tasas de crecimiento económico, sobre todo de los países capitalistas desarrollados pero también de no pocos subdesarrollados, algunos de los cuales exhiben incluso una clara tendencia al estancamiento;

– Mayor sincronización internacional en el desenvolvimiento del ciclo, en especial durante el fuerte descenso registrado en 1974-75, aunque también en la recuperación posterior;

– Tendencia sin embargo, a la vez, de los países subdesarrollados a contrarrestar la dinámica internacional del ciclo económico y a tratar de impedir que los países capitalistas desarrollados descarguen sobre ellos el peso de la crisis;

– Persistencia y creciente severidad de la inflación incluso cuando conforme a pautas tradicionales los precios debieron haber caído de prisa, y al iniciarse la recuperación y durante la contracción de los dos últimos años, en que se intensifica y alcanza niveles sin precedente tanto en Estados Unidos como en los países de la OCDE, y especialmente en Inglaterra, Francia e Italia, para no mencionar a los países capitalistas subdesarrollados en los que el alza de los precios supera a menudo el 25-30o/o, y aún suele ser de 50o/o, 100o/o y más;

– Aumento del desempleo aun en la fase de recuperación posterior a 1975, en prácticamente todos los países ca-

pitalistas. Tan sólo en los más industrializados se estima que hay más de 20 millones de personas sin trabajo;

– Tendencia a una cada vez mayor internacionalización del capital productivo, a nuevas formas de división internacional del trabajo especialmente en los propios países capitalistas desarrollados, y concretamente al llamado “redespliegue industrial”, que además de ser consecuencia y claro signo de la crisis es un mecanismo para mitigar sus efectos, a través principalmente de la inversión en países subdesarrollados en los que puedan obtenerse condiciones que permitan reducir costos y elevar la tasa de explotación de la fuerza de trabajo;

– Carácter contradictorio, vacilante y débil de la recuperación, la que fundamentalmente descansa a menudo en el aumento del consumo, del gasto improductivo y de la expansión desmedida del crédito más que en aumentos sustanciales de la inversión real, lo que pese a todo parecería comprobar que la fuerte caída de 1974-75 y desde luego la contracción de años más recientes no fueron capaces de crear condiciones propicias para superar la sobreacumulación, elevar la tasa de ganancia y reiniciar un vigoroso proceso de renovación y valorización del capital, que abriera una nueva y prometedora fase de auge;¹

– Y dificultades crecientes para superar la crisis pues incluso en donde se logra restablecer la tasa de ganancia se recurre crecientemente a la inflación y la mayor explotación, lo que sin menoscabo de otros desajustes provoca forcejeos en torno al reparto del ingreso, intensifica la lucha de clases y deja ver que la actual crisis no es sólo cíclica o siquiera económica.

1/ Como se dice en un reciente estudio: “Después de la crisis de 1974-75 no se produjo el ‘momento clave’ que marca el comienzo de la salida”. “El proceso de renovación masiva del capital fijo. . . no tuvo lugar o, en todo caso, tuvo lugar de una manera atípica: parcial e inestablemente, carente de vigor, y con una tendencia a perder el escaso impulso adquirido. . .” Centro de Investigaciones de la Economía Mundial. Informe sobre la situación económica mundial. 1980. La Habana 1980, p. 111.

La crisis por la que atraviesan los países capitalistas exhibe una nueva situación histórica. Las contradicciones propias del proceso de acumulación no pueden corregirse o superarse ya como antes. Incluso la cada vez mayor y más directa injerencia del Estado en el proceso económico, que en otros momentos pareció ser un eficiente mecanismo regulador, ahora es cada vez menos eficaz para estabilizar el funcionamiento del sistema.

Podría decirse que tal fue la situación incluso en los años treinta y que aún una crisis de sobreproducción tan severa como la de entonces resultó incapaz para dar al sistema el impulso que requería; y en parte, ciertamente, ello fue así. Lo nuevo y más grave sin embargo consiste en que los cambios en el régimen del ciclo le han hecho perder en gran medida su carácter regulador y su eficacia correctiva, y sobre todo en que la crisis cíclica se produce ahora en condiciones diferentes no porque —como algunos piensan— se inserte en una supuesta onda larga declinante o depresiva en la que se imponga la tendencia del imperialismo al estancamiento, sino porque lo hace en un nuevo y más complejo marco histórico y en medio de una crisis más vasta y profunda como es la crisis general del capitalismo en la última fase del desarrollo del sistema.

El hecho de que la crisis cíclica haya cambiado sensiblemente, obliga a no verla como una crisis clásica de sobreproducción.

“... el ciclo mismo ha cambiado principalmente bajo el peso del CME y de la crisis general del sistema. En efecto... la agudización de la contradicción fundamental reclama una más intensa y frecuente desvalorización del capital. El más rápido avance técnico influye en la misma dirección, y en la medida en que favorece al capital monopolista se imponen tasas de depreciación y obsolescencia mucho más altas que las que justificaría el desgaste real de la maquinaria y equipo, el ciclo se acorta y la actividad económica toda se vuelve más inestable.

Todavía más: a diferencia de lo que acontecía en otros tiempos, la inflación, la sobreacumulación y el desempleo sólo presentes en ciertos momentos y bajo determinadas circunstancias se vuelven *crónicos*, en parte porque la dilapidación de recursos y la incapacidad tanto de la empresa privada como del Estado para utilizar racionalmente el excedente provoca graves desequilibrios y sobre todo porque el CME altera profundamente el funcionamiento del mercado y de la ley del valor, manteniendo en ciertas esferas precios monopolistas muy superiores a sus valores e incluso a los precios de producción, e influyendo, a través del desarrollo desigual y cada vez más antagónico del avance técnico, en términos en que la . . . cada vez más alta composición técnica y orgánica del capital, lleva aparejado un también alto nivel de desempleo aun en las fases de ascenso de la actividad económica.

Todo ello además de que, sobre todo apenas se anuncia la crisis se hace un uso abusivo de la expansión monetaria y del crédito para tratar de evitarla o al menos de aplazarla, que genera . . . una situación en la que el llamado capital *ficticio* aumenta muy por encima del capital *real*, la inflación se refuerza y la fase de crisis, aunque generalmente logra así suavizarse, a la vez se alarga y desenvuelve en condiciones más penosas y sin que a la postre pueda, a la manera tradicional, ser el correctivo violento, pero bastante eficaz para restablecer las condiciones que permitan lograr nuevos y más altos niveles de inversión, especialmente privada.

Ahora, en cambio . . . el proceso económico sigue generalmente deprimido o al menos es muy débil para servir de base a una vigorosa fase de ascenso. . . y la crisis, de ser una fase del ciclo —la principal sin duda pero sólo una fase— (se convierte) en un fenómeno mucho más complejo que de una u otra manera está presente a lo largo de todo el ciclo. . .”²

2/ “La crisis actual del capitalismo”. *Estrategia* No. 30, noviembre-diciembre de 1979, pp. 9 y 10; artículo del autor de esta ponencia.

II. La crisis del sistema de regulación y el CME.

¿Por qué ocurren las cosas de la manera inesperada y aun desconcertante antes resumida? Porque —vale la pena repetirlo— la actual crisis no es solamente cíclica. Porque aun en la medida en que lo es no se desenvuelve conforme al patrón tradicional ni es por tanto capaz de provocar por sí sola —vía un rápido y sustancial descenso de la producción, la inversión y los precios— una renovación vigorosa del capital fijo que restablezca transitoriamente el equilibrio. Podría aducirse que lo que se requiere para regularizar el régimen del ciclo es tan sólo una caída más pronunciada que permita desvalorizar el capital que no esté en condiciones de resistir tal prueba. Pero a juzgar por lo acontecido en la depresión de los treinta más bien parecería que —además de ser hoy muy difícil y aun imposible repetir tal experiencia— el capitalismo recorre una fase en la que ni una destrucción de capital similar a la producida por la “gran depresión” sería hoy suficiente para reiniciar un largo período de prosperidad. En todo caso se requeriría una destrucción masiva no sólo económica sino física de capital, y además de producción y fuerza de trabajo mucho mayor que la provocada por la Segunda Guerra y desde luego por la agresión a Vietnam.

Aun el descenso de la tasa de ganancia y el intento de contrarrestarlo —con todo y su importancia como formas concretas de expresión de la contradicción fundamental en el proceso de acumulación— no se determinan ya, por otra parte, la suerte del ciclo y menos del sistema en su conjunto. Y por ello, así como una caída de la tasa de ganancia —como la que se produjo al menos hasta mediados de los años setenta— no hizo estallar la crisis en la forma explosiva y súbita de antaño, una alta tasa de explotación y de beneficio, que también se obtuvo sobre todo en la recuperación de 1976-79, tampoco fue suficiente para librarse de aquella.

La crisis del sistema de regulación tiene quizá como su principal causa —aparte, desde luego, de la agudización de la contradicción fundamental— la incapacidad del viejo meca-

nismo del mercado para funcionar como antes debido a la alteración que sufre la ley del valor bajo el CME, y la creciente incapacidad de éste para suplir y complementar a aquél. En efecto, ni el mercado propiamente de mercancías ni el de trabajo ni el de capitales cumple hoy la función de asignar adecuadamente los recursos. Lo comprueban los continuos desajustes de la oferta y la demanda así como la ora insuficiente, ora excesiva producción de numerosos artículos, el desempleo y a la vez la falta de trabajadores calificados en múltiples ocupaciones, la sobreacumulación más o menos crónica de capital y la especulación en los mercados financieros.

La crisis de que hablamos deriva en parte de las crecientes dificultades para regular el propio ciclo económico y de la ineficacia del CME para acelerar, encauzar, estabilizar y coordinar el proceso económico a través de mecanismos tales como la política monetaria y fiscal, la regulación de precios y salarios, el armamentismo, el comercio y la inversión de capitales en el exterior, el "redespliegue industrial" y los múltiples programas de desarrollo propios de la "planeación indicativa" y en general del CME.

La crisis del sistema monetario internacional del capitalismo es un buen ejemplo de lo anterior. Aunque de hecho empieza a gestarse desde que entran en vigor los acuerdos de Bretton Woods, es sin embargo hacia fines de los sesenta cuando se hace patente la debilidad del sistema monetario y en particular la incapacidad de los Estados Unidos para hacer frente a sus enormes obligaciones financieras en favor de otros países, y cuando al anunciarse la inconvertibilidad oro del dólar norteamericano se desploma el sistema de paridades fijas, deja en parte de funcionar el dólar como moneda internacional de reserva y empieza a tropezar con crecientes dificultades la supuestamente libre circulación de mercancías y capitales entre unos países y otros. Las múltiples devaluaciones, la flotación de las monedas y el mayor uso de los derechos especiales de giro a partir de entonces no mejoran las cosas. Antes al contrario persisten los desequilibrios

de balanza de pagos, se intensifica la especulación sobre todo en el mercado de eurodólares, se acentúa la depreciación de todas las monedas y en particular de las más blandas frente al oro, se generaliza el atesoramiento de éste en busca de rápidas y pingües ganancias, se ahondan las rivalidades comerciales, se expanden la circulación monetaria y el crédito y se agudiza y vuelve crónica la inflación, todo lo cual guarda desde luego estrecha relación y aun expresa el creciente grado de monopolio característico del CME.

La crisis monetaria, en consecuencia, más que un fenómeno de tal naturaleza es una manifestación de las contradicciones reales del proceso de reproducción en la órbita monetaria-financiera, y de la incapacidad del CME para superarlas en la fase actual de la crisis general.

Algo similar ocurre con la llamada crisis energética, que ni surge como algunos pretenden de la escasez del petróleo ni —en cuanto alza de los precios y política reivindicativa de los países de la OPEP— podría considerarse causa de la actual crisis. La producción de energéticos no escapa a la anarquía y la desigualdad propias de toda producción capitalista, lo que bastaría para explicar los desajustes recientes en el mercado del petróleo. Pero además la industria petrolera, en particular en los países subdesarrollados, tradicionalmente estuvo sometida a los intereses, las restricciones a la producción, la especulación y la irracionalidad del cartel internacional, que desde los años cincuenta mantuvo los precios a niveles artificialmente bajos, lo que al debilitarse el neocolonialismo y acentuarse la crisis general, en el marco de una nueva correlación de fuerzas tenía tarde o temprano que provocar la explicable y justa reacción de países que al reorganizar su producción, nacionalizar la industria y elevar los precios de su principal exportación, intentarían contrarrestar los efectos negativos de un intercambio y un desarrollo profundamente desiguales e inequitativos.

La carestía de muchas manufacturas ligada al agravamiento de la crisis alimenticia, aparte de ser en cierto modo

una "venganza" del capital monopolista a la política de la OPEP y al intento de otros países subdesarrollados de conseguir relaciones de intercambio menos desfavorables, más que expresar directamente la oscilación cíclica de los precios muestra también cómo, a medida que las empresas transnacionales se apoderan de la agroindustria y de la comercialización de múltiples productos, tal control deviene un nuevo instrumento de dominación bajo el cual surgen condiciones que acentúan la inestabilidad de precios, desquician la producción, provocan desplazamientos de unos cultivos a otros, agudizan la crisis agraria y en mayor medida impiden a los países subdesarrollados modificar su posición de proveedores de materias primas baratas y compradores de manufacturas caras, cuyos precios son manipulados por el capital monopolista, que de este modo extrae y retiene una parte sustancial del excedente e incluso influye a veces en forma decisiva en la estrategia del desarrollo de dichos países.

Y ¿qué decir del armamentismo y la creciente militarización de las grandes potencias capitalistas? ¿Quién podría negar que éste no es ya un mero expediente anticíclico sino otra manifestación de una crisis más profunda y duradera? Después de la Segunda Guerra los países de la OTAN y especialmente los Estados Unidos —que por sí solos aportan alrededor del 75o/o de los gastos militares de dicha organización que en 1981 excederán probablemente de 210 mil millones de dólares— han destinado más y más recursos a la carrera armamentista, hasta el punto de que la actividad científica y la innovación tecnológica dependen crecientemente de ella.

Por muchos años se pensó que estos gastos aun siendo improductivos contribuirían —y de hecho así fue— a mantener altos niveles de producción y empleo. Y aunque los guerreristas norteamericanos siguen confiando en que una creciente militarización —ahora al amparo de una nueva cruzada anticomunista y una "reindustrialización" que fundamentalmente sujete a los trabajadores al más severo control

y ofrezca en cambio a los monopolios apoyo y libertad irrestrictos— fortalecerá a la economía estadounidense y la ayudará a salir de la crisis, lo cierto es que tal política es más un signo de debilidad que de fuerza del imperialismo, una prueba más de la profundidad de la crisis y un hecho que, en vez de resolver las contradicciones del viejo sistema contribuirá seguramente a intensificarlas, al hacer depender cada vez más el desarrollo del fortalecimiento de los monopolios y la concentración del ingreso, del freno a los salarios, el armamentismo, otros gastos improductivos y un consumismo enajenante que en conjunto alterarán aún más desfavorablemente que hasta hoy las relaciones que debe haber entre la producción de medios de producción y de bienes de consumo, debilitarán la estructura productiva, acentuarán las deformaciones estructurales, y elevarán enormemente el costo económico y social de reproducción y realización.

La inflación, que tampoco es ya un mero reflejo del auge cíclico sino un fenómeno crónico, merece también aquí al menos una breve referencia pues sin duda está en el centro de la actual crisis del sistema de regulación monopolista. El que desde la fuerte caída de la actividad económica en 1974-75 los precios se hayan elevado en forma persistente y con una rapidez desconocida en los últimos cincuenta años, muestra el verdadero alcance de la política antiinflacionaria y descubre el nuevo carácter de la inflación, que de “sano” estímulo del recetario keynesiano se ha vuelto otro problema insoluble para el capitalismo. La inflación está sin duda ligada a la militarización de la economía, al aumento desorbitado del circulante monetario y el crédito bajo regímenes de papel monetario inconvertibles, al monto cada vez mayor del gasto improductivo y de los presupuestos estatales casi siempre deficitarios, a la crisis monetaria internacional, a la dilapidación de recursos y a las presiones que se ejercen en torno a la redistribución del ingreso, y sobre todo al carácter del sistema de formación de precios y al propósito de hacer de éstos un nuevo expediente anticíclico, y a menudo incluso cíclico, que aliente al capital monopolista.

Porque la inflación actual no se desenvuelve tan sólo en la esfera de la distribución: expresa además profundas contradicciones en el proceso productivo y por tanto en las relaciones mismas de producción. Aun la carrera utilidades-salarios, en la que éstos casi nunca alcanzan a aquélla, se origina en las contradicciones de la acumulación, agravadas hoy por la injerencia directa que en ella tiene el CME.

El régimen de formación de los precios cambia grandemente en esta fase del capitalismo. Los precios de monopolio no sólo se apartan cada vez más de los de producción sino que la crisis deja de ser un vehículo que periódicamente acerque a unos y otros y restablezca en cierta medida la relación con los valores correspondientes. Los grandes avances técnicos no se traducen ya en precios más o menos estables; y de múltiples maneras y por los más variados conductos el capital monopolista subvierte el mecanismo del mercado, reasigna los recursos como más le conviene y tiende a elevar los precios y a impedir su descenso cuando éste debiera producirse. La forma en que hoy se maneja el presupuesto y la práctica de recurrir a la emisión monetaria y a la creación de crédito para cubrir su déficit, y a todos los medios para transferir y poner a disposición de los monopolios una parte sustancial del valor producido así como las altas ganancias que a menudo resultan de tal política, son otros tantos factores de estímulo a la inflación.

Mas el que ésta permita intensificar la explotación de la fuerza de trabajo, elevar los beneficios de los monopolios y aun contrarrestar la caída de la tasa de ganancia no libra al sistema de las duras leyes que rigen su desarrollo ni, por tanto, de las contradicciones en que estas leyes se expresan.

La cada vez mayor concentración y centralización monopolista y en particular el desarrollo del CME agravan incluso la contradicción fundamental, pues si bien socializan al máximo la producción —hecho del que da cuenta la creciente internacionalización—, ésta no puede rebasar el marco restrictivo que imponen las relaciones de producción domi-

nantes e incluso la propia rivalidad interimperialista. O dicho de otro modo: aunque la intervención directa del Estado en el proceso de acumulación contribuye a hacer crecer las fuerzas productivas más de lo que podría hacerlo por sí solo el monopolio privado, al volverse a la vez el CME el soporte fundamental de la propiedad monopolista y de la extrema concentración que éste requiere para su reproducción ampliada, refuerza la medida en que las relaciones de producción dominantes obstruyen la socialización, estimulan la inflación y generan otros desequilibrios.

La tendencia a la internacionalización de la producción y el capital propia del desarrollo del capitalismo en la fase imperialista, adquiere su mayor momentum bajo la actual crisis y da lugar a nuevas y más complejas formas de integración monopolista como el conglomerado transnacional y los esquemas interestatales de integración regional, mecanismos ambos que fundamentalmente expresan la internacionalización de la propia crisis y el desarrollo del CME.

La internacionalización del capital abre nuevos mercados, abarata ciertos insumos, promueve el avance técnico y mitiga a corto plazo, para el sistema en su conjunto, la tendencia al descenso de la tasa de ganancia sobre todo cuando se logran tasas de explotación más altas o más baja composición orgánica del capital que en el país de origen.

Y precisamente por ello, tanto la internacionalización del capital como la crisis que la impulsa se manifiestan hoy en nuevos desplazamientos y formas de explotación de la fuerza de trabajo que de hecho entrañan también la internacionalización de ésta y en general del mercado de trabajo, que fundamentalmente se manifiestan en la emigración por un lado de trabajadores de los países subdesarrollados o de menor desarrollo hacia los más altamente industrializados y por el otro de las transnacionales a países atrasados en los que además de contarse con una adecuada infraestructura se dispone de mano de obra abundante y barata; lo que claramente muestra que el viejo patrón imperialista ostenta un

nuevo y singular rasgo: ahora no sólo importa el acceso a ciertos recursos naturales, materias primas y mercados sino explotar directamente y aun superexplotar la fuerza de trabajo asalariada surgida de la propia transformación impuesta por el capitalismo en los países subdesarrollados.

A esa reubicación del capital transnacional principalmente norteamericano obedece en buena medida el impulso que en años pasados cobra la comunidad económica europea, incluso el "milagro" japonés y parte del avance industrial de países como Brasil y México, y en particular de Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur. Pero las posiciones privilegiadas que obtiene el capital norteamericano no sólo traen consigo el desplazamiento de otros inversionistas sino una severa competencia aun para las empresas que siguen operando en la metrópoli, y que ahora se hallan en desventaja frente a sus propias hermanas y a sus filiales.

En fin otra dramática expresión de la crisis del sistema de regulación es la llamada "crisis ecológica". Hasta hace unos años, aun estando presente el agotamiento de ciertos recursos a consecuencia de su explotación irracional, la relación con la naturaleza se desenvolvía en otras condiciones. A últimas fechas la situación se agrava. Ya en la guerra contra Viet Nam, además de descargar el mayor poder explosivo que país alguno haya lanzado contra otro en la historia, Estados Unidos emplea grandes volúmenes de sustancias químicas contaminantes y altamente destructivas. El solo enorme arsenal de armas nucleares ya acumulado amenaza no únicamente múltiples recursos sino la supervivencia misma de la humanidad. Y la contaminación del agua y del aire en particular en las grandes ciudades, la tala inmoderada de árboles, la destrucción de la fauna, el uso en grande escala de insecticidas químicos y los desechos domésticos e industriales, son otros tantos problemas que empobrecen los suelos, enrarecen la atmósfera y afectan todo el medio ambiente.

Esto no significa que como lo sugieren los pesimistas fu-

turólogos del "crecimiento cero" la humanidad deba dejar de crecer o sólo pueda hacerlo a costa de su salud y aun con riesgo de su vida; más lo cierto es que la crisis ecológica es una grave problema social que demuestra que el capitalismo no puede ya conciliar el progreso científico-técnico con el mejoramiento de la calidad de la vida de los pueblos. Las grandes ciudades capitalistas exhiben una profunda crisis que no sólo se expresa en la contaminación del ambiente sino en el congestionamiento demográfico, la insuficiencia de las comunicaciones y los transportes, la inseguridad, la violencia, la escasez y el deterioro de la vivienda, los altos índices de drogadicción y criminalidad y la incapacidad administrativa, financiera y política del Estado y las empresas privadas para resolver tales problemas.

III. Acentuación de la crisis general

Todas estas manifestaciones de acentuación de la crisis, de una crisis múltiple, permanente, global, de carácter económico pero también ideológico y político tienen como base el desarrollo y la crisis misma del capitalismo monopolista de Estado, y, en una perspectiva más amplia, la acentuación de la crisis general del capitalismo, o sea, dos categorías históricas sin cuya comprensión es imposible entender la crisis a que hoy nos enfrentamos. Porque lo que hay tras ella es un desarrollo sin precedente del capital monopolista, uno de los más largos y sostenidos períodos de expansión económica en la etapa imperialista, una creciente internacionalización del capital, que como ya dijimos expresa a su vez principalmente la mayor profundidad de la contradicción fundamental, un lapso de más de treinta años sin una guerra mundial, significativos cambios en la división internacional del trabajo y un reacomodo de las grandes potencias dentro del sistema. Como dijo el comandante Fidel Castro en el Informe al II Congreso del Partido Comunista Cubano, "ninguno de esos cambios ocurridos en el mundo capitalista hubieran sido posible sin el auge experimentado por el capitalismo monopolista de Estado",³ el que a su vez tampoco sería lo que es hoy de no haberse agravado la crisis general del capitalismo.

3/ *Revista Bohemia. La Habana, diciembre 26 de 1980. p. 80.*

Así como en otro momento la libre competencia desplazó en el monopolio y en el imperialismo, el desarrollo de éste y la competencia monopolista trajeron consigo nuevas y más profundas contradicciones que habrían de expresarse en el advenimiento de la crisis general y en la transformación del capital monopolista en capital monopolista de Estado. Cada nueva etapa de esa crisis ha sido un jalón para el CME, una situación en la que si bien las nuevas formas de éste expresaban la acentuación de la crisis, mostraban también la capacidad para hacer frente así fuese al precio de una depresión tan severa como la de los años treinta, de un régimen criminal como el fascismo y de una conflagración tan devastadora como la Segunda Guerra Mundial. Si la actual crisis es mucho más difícil de combatir que las previas ello obedece, en parte a que la regulación que el CME puso en práctica con cierto éxito en años pasados resulta cada vez más ineficaz, y sobre todo a que al no poderse resolver las más graves contradicciones, se acentúa y vuelve más profunda la descomposición del sistema que se expresa en la crisis general.

En efecto, a pesar de la frecuencia con que se reitera el acuerdo entre las grandes potencias, en ningún momento posterior a la Segunda Guerra Mundial fue tan intensa como hoy la rivalidad interimperialista. La desigualdad del desarrollo, los diferentes niveles de productividad, la competencia monopolista, la "guerra comercial" y el intento de elevar las exportaciones mientras a través de restricciones y barreras proteccionistas se impide o al menos limita la entrada del competidor en el mercado propio; el reforzamiento de las transnacionales norteamericanas a costa principalmente del capital inglés aunque también alemán y de otros países, y sobre todo las continuas fricciones y los enfrentamientos en el marco de la actual crisis monetaria y financiera internacional; son signos de la rivalidad interimperialista y de la crisis que subyace a sus relaciones.

Una segunda manifestación de esa crisis en el seno de los propios imperialistas es la creciente intensidad de la lucha de

clases, que si bien no ha llegado hasta ahora a asumir caracteres socialmente explosivos ni menos convirtiéndose en una situación revolucionaria, está presente y sería erróneo menospreciarla. A medida que el CME intenta reducir los gastos sociales y los salarios reales y elevar las tasas de explotación en busca de condiciones que hagan posible trasladar masivamente el ingreso en favor del capital monopolista como a través de una política enteramente reaccionaria se intenta hoy en los Estados Unidos e Inglaterra —so pretexto de que tal es la condición para reanimar la inversión privada y restablecer la capacidad competitiva— la clase obrera comprende el carácter de tal política y se opone a ella. Y aunque su organización es aún insuficiente, sus niveles de conciencia todavía bajos y grande la influencia que ejerce en sus filas la ideología burguesa, los obreros responden con denuncias, protestas, paros, huelgas y otras acciones que limitan la capacidad de maniobra de la oligarquía. Y todavía más: como el reforzamiento del poder oligárquico supone una política antidemocrática, discriminatoria y aún represiva que en realidad afecta a todo el pueblo, la contradicción capital-trabajo se polariza, reduciéndose fundamentalmente en un extremo al capital monopolista y ampliándose en el otro hasta incluir a la inmensa mayoría de la población.

La lucha de clases y en particular el enfrentamiento de la burguesía y los obreros no se circunscribe desde luego a los países industriales. Está presente y aún es la contradicción principal en muchos países capitalistas subdesarrollados en los que el grueso de la fuerza de trabajo es también asalariada y la fracción hegemónica de la burguesía es incluso una oligarquía propiamente monopolista ligada estrechamente al Estado y al capital extranjero. Y donde priva ya esta situación, aunque el capital opera todavía en condiciones más favorables que en los países altamente desarrollados, empieza a la vez a encontrar obstáculos que restringen su capacidad de acción y angostan sus posibilidades de enfrentarse a la crisis a la manera tradicional, no sólo porque los trabajadores tienen mayor capacidad *de defensa* en el plano laboral sino porque la lucha se libra cada vez más —o lo que es

lo mismo la crisis se expresa también—, en el terreno ideológico y político.

Otra importante manifestación de la crisis es la que empieza a sufrir el neocolonialismo y en general el imperialismo en sus relaciones con los países subdesarrollados, y que, dejando de momento de lado a aquellos en que ya se construye el socialismo y cuya ruptura revolucionaria es por sí sola un signo de la profunda descomposición capitalista, se expresa incluso en contradicciones con la burguesía y con la oligarquía y fundamentalmente con los campesinos y pequeños productores, con los trabajadores directamente explotados por el capital imperialista y con los pueblos todos, tanto los que no han podido liberarse como aquellos que empiezan a hacerlo a partir de una revolución triunfante.

La posición y los avances de los países de la OPEP en años recientes demuestran que al menos en este caso el imperialismo ha tenido que retroceder y abandonar sus viejos métodos de dominación. Y los signos de que el tercer mundo ha empezado a impugnar seriamente la política imperialista se multiplican y aun ciertas fracciones de la burguesía reclaman un mejor trato, como lo comprueba el esfuerzo desplegado en torno al Nuevo Orden Económico Internacional.

La contradicción del imperialismo con las burguesías de los países subdesarrollados no es antagónica ni tiene generalmente especial intensidad. Tales burguesías no están histórica ni políticamente en condiciones de ofrecer y mucho menos de dirigir y hacer triunfar la alternativa de un desarrollo nacional independiente. Pero aun dependiendo estructuralmente del imperialismo, en momentos como el actual suelen enfrentársele en diversos planos porque su relación con él no está exenta de contradicciones, porque ellas mismas son afectadas en sus intereses, porque tal es la condición para legitimar y reforzar su poder de clase y porque al extremarse la contradicción nación-imperialismo resulta aún políticamente peligroso exhibir su subordinación a los intereses ex-

tranjeros, una subordinación que por lo demás no es total, invariable ni idéntica en las diversas fracciones de las clases dominantes, en cuyo propio seno se advierten también inevitables contradicciones.

La contradicción imperialismo-pequeña burguesía de los países subdesarrollados suele expresarse con mayor intensidad a través de la protesta de numerosos pequeños productores y exportadores sometidos a un intercambio desigual, a precios inestables e insatisfactorios y a relaciones comerciales desfavorables, como también mediante la crítica a la política y las posiciones ideológicas del imperialismo por parte de estudiantes, intelectuales y otras fracciones de las capas medias.

Pero sin duda la mayor intensidad en la contradicción con los países subdesarrollados es la que se advierte en torno a movimientos populares y procesos revolucionarios que luchan o han conquistado ya el poder. La historia reciente de Latinoamérica al igual que la de Asia y Africa lo comprueba de tal manera, que no advertirlo sería una muestra inexcusable de economismo y una incapacidad para aceptar la realidad tal cual es. Las agresiones a Etiopía y a Angola, y antes la guerra genocida contra Vietnam, son un elocuente y dramático testimonio de la hostilidad del imperialismo a todo serio intento de liberación y transformación social. Como lo es también la violencia con que derroca a gobiernos constitucionales, impone la dictadura militar y desata la represión en Chile, Argentina, Uruguay y Bolivia; mantiene a lo largo de años un régimen de terror en Paraguay, Nicaragua y Haití, y pretende hacer fracasar la revolución sandinista nicaragüense; así como la violencia que descarga en estos momentos contra las fuerzas revolucionarias guatemaltecas y especialmente contra la revolución en El Salvador, para no mencionar los ya más de veinte años de bloqueo y agresión a la revolución cubana, que sin embargo se inscriben más bien en el marco de la contradicción capitalismo-socialismo.

La enfermiza agresividad del presidente norteamericano

Reagan hacia la Unión Soviética, hacia Cuba y en general hacia el socialismo bastaría para hacer comprender que la principal fuerza a la que hoy se opone el capitalismo es el socialismo, no a un país u otro aislado aunque la mayor hostilidad se dirija casi siempre hacia la URSS, sino el socialismo en su conjunto, como sistema y base de una nueva sociedad que adquiere cada vez mayor importancia y empieza a determinar el curso de la historia. Sólo si se comprende la significación decisiva y la profundidad de esta contradicción es posible entender la crisis del capitalismo y la influencia creciente que en ella ejercen la revolución y el socialismo. Al tomar el poder los trabajadores en Rusia y después en otros países adquiere una nueva dimensión histórica la contradicción capital-trabajo, pues liberado éste por primera vez de la explotación capitalista, empieza a influir desde los nuevos Estados revolucionarios a los que el viejo sistema no podrá ya destruir.

Cada uno de los principales aspectos del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado expresa de un modo u otro la contradicción de que hablamos y la profundidad de la crisis general. La amenazante carrera armamentista junto a la obligada aceptación de una coexistencia pacífica que riñe sin duda con el belicismo imperialista, el anticomunismo, el consumismo, el cambio en el régimen del ciclo económico, la persistente inflación y el empeño por impedir que la crisis coloque al capitalismo en posición desfavorable frente al socialismo, y desde luego la arrogante y absurda pretensión imperialista que niega a los pueblos el derecho a la revolución e intenta detener por la fuerza el curso de la historia, son manifestaciones de la profunda descomposición de un régimen social que teme al progreso, que pretende a toda costa preservar el injusto orden de cosas imperante y que si bien no puede fácilmente convertir la carrera armamentista en una guerra nuclear contra el socialismo, todavía tiene en cambio a su alcance la posibilidad de recurrir a la violencia, de multiplicar los regímenes militares y de explotar más a los trabajadores tanto en los propios países imperialistas como en el mundo subdesarrollado.

IV. La crisis y su impacto en el Tercer Mundo

Si algo es claro para los economistas de los países subdesarrollados es que son éstos los que más sufren el impacto de la actual crisis. Ello se reitera a menudo en todos los foros internacionales, y por tal razón me limitaré a recordar aquí brevemente sólo ciertos problemas y a subrayar algo que espero ayude a comprender lo que la crisis tiene de específico en dichos países.

En primer lugar sería un error atribuir a ésta lo que en realidad es expresión del subdesarrollo y fruto de una larga historia de explotación, colonialismo, neocolonialismo y atraso, aunque vista en una perspectiva más amplia o sea como crisis general del capitalismo, sin duda es responsable de las más graves deformaciones estructurales y de los profundos desequilibrios de los países subdesarrollados. Y también es cierto que en los últimos años se agravan las condiciones de tales países, y especialmente de aquellos que son además importadores de petróleo. Pues bien, haciendo por el momento caso omiso de la heterogeneidad del Tercer Mundo, podría decirse que entre las manifestaciones más comunes de la actual crisis en los países capitalistas subdesarrollados destacan las siguientes:

- Inestabilidad y en muchos casos obvia desaceleración del crecimiento económico.
- Inflación, a menudo en niveles realmente desestabilizadores;
- Enorme desempleo y persistencia y aún aumento del subempleo;
- Estancamiento en la producción y escasez de alimentos básicos así como creciente dependencia de las transnacionales, principalmente norteamericanas, que controlan la agroindustria;

- Reducción del salario real de amplias capas de la población e incremento de las tasas de explotación aún en casos en los que suben los salarios, pero menos que la productividad;
- Profundos desajustes financieros, que más que en la simple flotación de los tipos de cambio se expresan en severas devaluaciones, el envío de dinero al exterior por las oligarquías locales, la especulación, el alza desmedida de las tasas de interés, la expansión casi incontrolada del circulante monetario y la pérdida del poder adquisitivo de las reservas de divisas;
- Inestabilidad de precios, deterioro de la relación de intercambio, dificultad para aumentar las exportaciones, competencia internacional discriminatoria y grandes déficit comerciales y sobre todo en cuenta corriente. (Tan sólo en 1980 se estima que éste último se acerca a 70 mil millones de dólares, de los que 42 mil corresponden a los países importadores de petróleo).
- Endeudamiento externo cada vez mayor, que a la fecha se aproxima a 450 mil millones de dólares, y cuyo servicio reclama anualmente sumas enormes que se sustraen a actividades productivas y a necesidades sociales.
- Insuficiencia de la cooperación internacional y del traslado de recursos financieros, que en vez del 0.70% del ingreso de los países desarrollados previsto, en la última década sólo alcanza el 0.30%.
- Y la situación se agrava debido a que para cubrir el déficit y el servicio anual de la deuda se abren las puertas a la inversión directa de las transnacionales y al crédito que hoy procede en gran parte de la banca privada internacional. O sea que como dijo Fidel Castro al Segundo Congreso del PCC: los problemas se atacan “con más dependencia, más endeudamiento, más explotación y más subdesarrollo”. Y la perspectiva no parece ser que las cosas mejoren bajo el capitalismo.

Aun en los países capitalistas subdesarrollados, sin embargo, hay diferencias y variantes que muestran que incluso entre ellos se abre cada vez más la brecha: países, por ejemplo, que aun no escapando a la crisis, crecen con cierta rapidez frente a otros que lo hacen muy lentamente y aun se estancan; aquellos que tienen petróleo y se benefician de su creciente exportación a altos precios y los que destinan buena parte de sus divisas a abastecerse de él; los que incluso se han vuelto exportadores de capital y tenedores de cuantiosas reservas y los que, en cambio, restringen sus importaciones por falta de recursos; los que descansan ya en una exportación y una base económicas relativamente diversificadas y los que todavía dependen de la venta al exterior de uno o dos productos primarios y de los inestables e insuficientes ingresos de que los proveen; aquellos que arrastran desequilibrios comerciales y financieros pero que en alguna medida los compensan con mayores ingresos de divisas y los que se endeudan sin posibilidades de pago y a costa de hipotecar su porvenir, y en fin, los que aun sufriendo la inflación y el desempleo los mantienen en niveles tolerables y aquellos en los que incluso se vuelven problemas políticos de la mayor gravedad.

Lo anterior no significa que los países con una economía más desarrollada estén por este sólo hecho en condiciones de enfrentarse a la crisis con éxito. Sugiere más bien que aun cuando ninguno escapa totalmente a sus efectos, el impacto de la crisis sobre el tercer mundo es muy diverso, sus manifestaciones muy variadas y la forma en que se responde a ella, una que desborda el marco de la acción rutinaria de los gobiernos y se expresa a menudo en el quebrantamiento de la legalidad burguesa por la propia burguesía, en la represión violenta y aun el establecimiento de regímenes militares que abiertamente recurren a la fuerza, pero también en rupturas revolucionarias que demuestran que si el nivel de organización política lo permite, los pueblos son capaces de responder a las contradicciones más graves con acciones audaces y de mayor alcance.

Para apreciar correctamente el impacto de la crisis y la posibilidad de liberarse de ella en el tercer mundo se requiere, por consiguiente, además de saber de qué tipo de crisis se trata, conocer la forma y los mecanismos a través de los cuales afecta a los países subdesarrollados, y comprender la naturaleza y grado de desarrollo del modo de producción dominante en las formaciones sociales correspondientes.

Quedarse en el señalamiento de que lo específico de éstas es su heterogeneidad y su carácter multiestructural, o a la inversa sólo ver parcialmente y un tanto en abstracto relaciones capitalistas como si se tratara de modos de producción puros, sin siquiera poder definir la etapa que en su caso recorre el capitalismo dominante y las contradicciones que le son propias, en el mejor de los casos lleva a diagnósticos erróneos y a estrategias ineficaces.

Sin pretender intentar aquí una tipología rigurosa del subdesarrollo sino en busca tan sólo de descubrir lo esencial de las formaciones sociales de que hablamos, podría decirse que en el tercer mundo hay aquellas:

- En las que todavía predominan relaciones precapitalistas;
- En las que el capitalismo es ya dominante, pero la fuerza de trabajo asalariada es todavía relativamente pequeña y principalmente explotada por el capital extranjero;
- En las que el capitalismo es el modo de producción dominante desde hace mucho tiempo y en que incluso tiene un peso cada vez mayor el capital monopolista nacional y extranjero;
- En las que el capital monopolista se ha convertido ya en CME y el capital nacional, estatal y privado juega un papel fundamental en el proceso de acumulación, aunque asociado estrechamente al capital extranjero;

– En las que, habiendo habido o no capitalismo, triunfa una revolución y se avanza hacia diversos tipos de regímenes democrático-revolucionarios; y

– En las que la democracia popular se ha consolidado y se cuenta ya con las bases sociales y políticas e incluso económicas y jurídicas para avanzar en la construcción del socialismo.

Aun esta rápida y esquemática diferenciación de las formaciones sociales en los países subdesarrollados permite advertir que el impacto de la crisis en cada una de ellas no puede ser el mismo. En unos es decisivo y en otros secundario, pasando por una gama de situaciones cuya complejidad aumentaría si en un nivel menos abstracto añadiéramos otros elementos ligados al desarrollo de las fuerzas productivas, al nivel y composición del ingreso nacional, a la disponibilidad o carencia de ciertos recursos y a la posibilidad de obtener o no ingresos capaces de contrarrestar los efectos más desfavorables de la crisis económica.

O en otros términos: los países subdesarrollados no se desenvuelven en el vacío, al margen de la historia ni como sistemas eclécticos del tipo de los que sugiere el esquema convencional de las llamadas economías "mixtas". Son capitalistas o se desarrollan en tal dirección, o son socialistas o avanzan hacia allá, bajo la influencia inescapable de la contradicción capitalismo-socialismo.

Y aun cuando los propios países socialistas o en tránsito hacia él resienten los efectos de la crisis, sobre todo en la medida en que conservan relaciones con el mercado capitalista y tienen que responder defensivamente a la agresividad del imperialismo, son los países capitalistas subdesarrollados y especialmente los más atrasados los que afrontan problemas más graves. En ellos, además y concretamente en los de mayor desarrollo, la crisis no sólo se importa de fuera, como ocurría cuando era meramente cíclica y el capitalismo del subdesarrollo era muy incipiente, sino que se gesta interior-

mente y expresa la subordinación al imperialismo.

De paso esta es una de las razones por las que el empleo del esquema centro-periferia resulta riesgoso y aun lleva a menudo a expresar linealmente relaciones dialécticas mucho más complejas; y ni qué decir de las versiones más socorridas de la teoría burguesa, desde el neoclacisismo y el funcionalismo hasta el keynesianismo, las posiciones friedmanianas, el intento de la Comisión Trilateral de sustituir la explotación y la dominación imperialista por una armoniosa "interdependencia"; y la también falsa y demagógica tesis que se esgrime por ejemplo en el "Informe Brandt", según la cual los intereses de los países del Norte y del Sur, o sea imperialistas y subdesarrollados, lejos de ser antagónicos son fundamentalmente "comunes" y susceptibles de "apoyarse mutuamente".

Estamos ante una crisis tan profunda que la propia incapacidad de la burguesía para explicarla es un signo elocuente de ella. Y parece muy difícil que la teoría burguesa supere su anacronismo, se despoje de la pesada carga de prejuicios que arrastra y pueda comprender lo fundamental del mundo en que vivimos. Y esto no es ajeno a nuestro tema.

La actual crisis es un problema político al que los países subdesarrollados deben enfrentarse con decisión y firmeza. Los esfuerzos desplegados en los últimos años y los muy modestos avances logrados hasta ahora comprueban que la búsqueda de un nuevo orden económico y un sistema justo de relaciones internacionales es una dura lucha que se libra no contra los países desarrollados en su conjunto sino contra el imperialismo decadente, pero todavía poderoso que se empeña en preservar sus privilegios y en mantener una estructura de explotación de los trabajadores y de dominación de los países subdesarrollados.

A estas horas es claro que lograr ese nuevo orden y conquistar la plena independencia nacional no son reivindicaciones de poca monta sino metas ambiciosas que sólo serán

posibles al precio de grandes sacrificios y de profundas transformaciones sociales. Los países subdesarrollados han demostrado su disposición a negociar y deben seguir abiertos a ella. Pero lo que hoy se requiere es más acción, acciones solidarias, acciones conjuntas que movilicen a las grandes masas de nuestros pueblos en defensa de sus legítimos intereses y sus derechos irrenunciables, acciones, que en fin, permitan atraer y unificar a todas las fuerzas susceptibles de enfrentarse y vencer al imperialismo.